

*GABINETE TÉCNICO.
CENTRO DE ANÁLISIS Y PROSPECTIVA.*



**BOLETÍN DE ANÁLISIS Y
SEGURIDAD
INTERNACIONAL**

12/2017



**GABINETE TÉCNICO DE LA GUARDIA CIVIL
CENTRO DE ANÁLISIS Y
PROSPECTIVA**





Eliminacionismo **La amenaza olvidada**

Sin tregua ni descanso. Lo que aparentemente es un genocidio, continúa. Las detenciones se producen a todas horas.

Mensaje de la embajada de Estados Unidos. 1972¹.

“Transmitimos... nuestras fervientes esperanzas en que la paz, la armonía y la estabilidad puedan restablecerse con éxito y rapidez, y que de esa forma Burundi alcance las metas del progreso social, de mejora en la calidad de vida, y otros ideales y principios enunciados en la Carta de Naciones Unidas”.

Reacción oficial de Naciones Unidas ante el genocidio de Burundi en 1972. Declaraciones de Kurt Waldheim, Secretario General de la ONU. Nunca hubo intervención oficial².

Probablemente haya leído las noticias en los últimos tiempos. Si es así seguramente habrá comprobado que se han producido condenas en el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia –incluso ha sido noticia que alguno de los condenados se ha suicidado al conocer su sentencia–, sabrá que el presidente de Sudán Omar al-Bashir se enfrenta a problemas de desplazamiento en el extranjero debido a su implicación en crímenes de lesa humanidad con orden de detención de la Corte Penal Internacional, también habrá oído de la “Megacausa” contra los responsables de los “vuelos de la muerte” en Argentina y de la crisis humanitaria a que se enfrenta la minoría musulmana rohinyá en Birmania y Bangladés.

Estos son sólo unos ejemplos de los muchos casos de políticas eliminacionistas que han caracterizado la historia de las relaciones humanas. En los últimos años, la mayor capacidad de los Estados ha provocado que estos actos genocidas puedan adquirir dimensiones monstruosas. Estas políticas, y su más grave variante exterminacionista, son un problema mundial urgente y de primer orden.

Desde el comienzo del siglo XX, el genocidio y las eliminaciones masivas de seres humanos han causado entre 127 y 175 millones de muertos (y si las estimaciones más elevadas de China y la Unión Soviética son correctas, seguramente muchos más)³. Estas cifras superan con mucho al número de víctimas militares de las guerras del período⁴ y si incluyéramos en este cálculo las expulsiones forzosas de población, las cifras serían mucho más escandalosas.

Desde mediados del siglo pasado muchas personas han vivido en países cuyos habitantes actuales o recientes han sido víctimas o perpetradores o simpatizantes del genocidio. Para una gran parte de la población mundial, los asesinatos y las eliminaciones masivas no son un problema lejano, sino parte integrante de su bagaje mental, emocional y existencial.

En la actualidad la capacidad de la sociedad y el Estado de transformar su entorno no tiene parangón con ningún ejemplo histórico. Esta es la cuestión más

¹ *Encyclopedia of Genocide and Crimes against Humanity. Burundi.* René Lemarchand. Thomson Gale. 2005.

² *Waldheim voices worry on dikes.* Theodore Shabad. New York Times. 23/07/1972.

³ *Peor que la guerra. Genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad.* Daniel Jonah Goldhagen. Santillana Ediciones Generales. 2010. pp. 549.

⁴ *Estimated Totals for the Entire 20th Century.* www.necrometrics.com. Matthew White. 2010.

relevante a la hora de abordar el asesinato y la eliminación de masas. El Estado contemporáneo tiene más medios y riqueza para emprender acciones, un mayor conocimiento y capacidad para gestionar al personal a su servicio e influir en la sociedad y gran capacidad de comunicación que implica mayor movilización y coordinación en sus propósitos.

Esta nueva capacidad ha hecho concebible considerar cambios masivos y fundamentales como algo realmente factible. Ideologías como el nazismo o el comunismo querían cambiar la esencia de la sociedad. La eugenesia, a principios de siglo, fue una corriente que derivaba de la teoría evolutiva y pretendía cambiar biológicamente a la especie humana. Hoy en día, la ingeniería y las nuevas técnicas de edición genética hacen cada vez más real esta posibilidad.

Los proyectos eliminacionistas suelen acompañarse de unas creencias que invocan una transformación radical de la sociedad o el mundo. Las infraestructuras de dominación y transformación siguen a la empresa: Hitler creó los campos de concentración; Stalin, el *gulag*; Mao, el *laogai* (“reforma a través del trabajo”); Pol Pot, las cooperativas; y Kim Il Sung y Kim Jon Il, el *kwanliso* (“instituciones especiales de control”). Con ellas, el asesinato masivo se convierte en una política de Estado permanente.

El poder permite matar. Un gran poder permite matar masivamente. Pero sobre todo, un gran poder hace plausible imaginar proyectos eliminacionistas masivos como posibles. Nunca se había podido imaginar deshacerse de millones de personas pero hoy existe la capacidad. La capacidad permite planear y desde los planes, se actúa. Las capacidades de transformación del Estado, utilizadas de modo deletéreo, se han vuelto peligrosas en un grado mucho mayor de lo que el mundo había conocido con anterioridad.

Introducción

Las eliminaciones masivas de seres humanos a menudo han formado parte de amplios proyectos políticos de transformación. Estos han ido de la mano de ideologías que señalaban grupos humanos como enemigos tan peligrosos que la idea de eliminarlos surgía como una necesidad apremiante. En estas políticas la construcción nacional ha sido un impulso fundamental para los asesinatos de masas de nuestra época⁵.

La historia de nuestra especie ha conocido siempre el asesinato de masas como algo endémico a su desarrollo. Sin embargo, en el mundo industrializado en el que vio la luz el siglo XX, las matanzas genocidas han sido algo peor que la propia guerra. Y esta ya era lo suficientemente mala.

La aniquilación masiva era característica en el tiempo en que las potencias imperialistas actuaban sin trabas morales. Fue algo habitual que los colonizadores –los estadounidenses en su “conquista del Oeste”, los belgas en el Congo, británicos, franceses, portugueses y españoles en Asia, África y las Américas– saquearan, esclavizaran o mataran a los pueblos que ofrecían resistencia o que eran considerados un obstáculo para la ocupación o explotación de sus tierras. Los métodos homicidas

⁵ Daniel Jonah Goldhagen, op. cit., p. 39.

empleados por las potencias no eran los que se utilizaban en sus conflictos: el racismo y la impunidad explican la diferencia⁶.

En épocas recientes la mayoría de asesinatos y eliminaciones de masas no han sido realizados por potencias coloniales sino fundamentalmente en el propio país en que habitan tanto los perpetradores como sus víctimas. El asesinato y la eliminación de masas no son como la guerra. Su tasa de éxito es mucho mayor que la de las campañas militares ya que no hay un ejército que se enfrente a los perpetradores, que pueden actuar sin impedimentos en el sentido militar convencional.

Lo turcos eliminaron casi completamente a los dos millones de armenios que vivían en Turquía, exterminando a más de un millón y expulsando al resto. Al igual que en este caso, muchos de los asesinatos de masas nacionales de nuestra era se han debido al cálculo, por parte de los que los llevan a cabo, de que la matanza era una forma razonable de destruir a la oposición política o de anticiparse a una secesión o salvaguardar su propio poder.

Tal vez sea porque los sistemas técnicos lo permiten o simplemente porque los seres humanos somos más numerosos que nunca pero lo cierto es que los últimos cien años han sido el período más exterminacionista de masas de la historia de la humanidad –los asesinatos masivos, expulsiones, campos de concentración, violaciones masivas, etc. no tienen antecedente histórico alguno– El eliminacionismo se ha visto como algo factible y se ha practicado a una escala impensable hasta ahora.

La Segunda Guerra Mundial fue testigo de masacres que supusieron un máximo histórico de aniquilación masiva. Y es que las guerras predisponen a la gente a considerar iniciativas eliminacionistas, haciéndola más propensa a magnificar las amenazas y a plegarse a las necesidades de la seguridad nacional. También crea oportunidades para los perpetradores al proporcionar un mayor acceso a las víctimas, facilitar el secreto frente al exterior, dificultar la comunicación y la huida del grupo perseguido y al reducir la percepción del coste de los asesinatos –al fin y al cabo, en la guerra muere gente–. Sin embargo, la guerra en sí no crea la animosidad eliminacionista; si esto fuera así los asesinatos en masa serían aún más corrientes. La guerra crea la ocasión.

Para analizar cualquier ideología política eliminacionista debemos considerar que responde a tres preguntas: ¿cuál es el problema político? ¿Quién o qué es la fuente del problema? ¿Cuál es la solución política? Las respuestas clásicas suelen ser: el problema es acuciante, de vida o muerte. El enemigo es un grupo identificable de personas –judíos, moros, negros, musulmanes, comunistas, latinos, etc.–. Y finalmente, la solución pasa por desactivar a dichos enemigos, muchas veces de manera “definitiva”.

Las creencias eliminacionistas han sido sostenidas de forma habitual por gente corriente a lo largo de la historia. No obstante, tales creencias no conducen directamente a la acción porque por sí mismas no generan el asesinato o la eliminación de masas.

⁶ *Ibid.*, p. 52.

Eliminacionismo y definiciones

Se ha dicho que comprender un problema es el 50% de su solución. La cuestión de la definición del genocidio ha sido siempre complicada. Las preguntas se plantean sobre si el asesinato de masas o el asesinato planeado debe ser total, como en el Holocausto, o debe ser limitado. En este caso ¿cuántos deben morir? ¿qué porcentaje del pueblo perseguido ha de perecer? ¿matar es la principal forma de agresión o sólo una parte de una política más amplia?. Si se niega a un grupo la capacidad de mantener su identidad colectiva, aunque no existan eliminaciones directas, ¿se trata de genocidio?

La definición de genocidio debe abordar tres facetas fundamentales:

- El genocidio es cualitativamente un acto único. No se puede separar un asesinato masivo de los demás fenómenos afines que están interrelacionados. Los perpetradores emplean con frecuencia varios métodos de eliminación combinados entre sí. La expulsión, segregación, represión, asesinatos esporádicos... todo forma parte de un continuo. Como nos demuestra la historia, no hacen falta cámaras de gas sino que basta con machetes baratos.
- La cuestión numérica. Incluso si nos centramos en la modalidad del asesinato de masas... ¿Cuándo se trata de genocidio? ¿Miles, decenas de miles, millones? Incluso así, las masacres masivas son sólo un caso de mayor entidad de un fenómeno general.
- La definición de genocidio. Que es complicada y en la que deben incluirse elementos como la intención o el deseo de eliminar a un grupo... Esto prejuzga el crimen haciendo que los resultados sean tautológicos –el argumento de “matamos a millones, pero no era nuestra intención” resulta suficiente para que el acto no sea definido como un genocidio–

Consideremos simplemente la hambruna premeditada contra un grupo poblacional. La misma se ha empleado como un método *deliberado* de eliminación masiva –por los soviéticos, los alemanes, los chinos comunistas, los británicos en Kenia, hausas contra los igbos en Nigeria, jemereros rojos, norcoreanos, etíopes en Eritrea, Sudán del Sur y Darfur, etc.– hasta el punto que no puede distinguirse del asesinato directo.

El eliminacionismo y su variante más perversa: el genocidio, es una categoría criminal omnicomprendida y al tiempo un acto nuclear. En todas las sociedades humanas existen conflictos entre grupos y cuando no existe posibilidad de coexistencia pacífica, los Estados como expresión de algún grupo dominante, aplican cualquiera de las cinco formas principales de eliminación:

- Transformación. Que consiste en la destrucción de la identidad política, cultural o social definitoria del grupo. Históricamente, los conquistadores y los imperios han tratado de asimilar a los pueblos ocupados destruyendo sus identidades y lealtades distintivas –los turcos en el Kurdistán, los japoneses en Corea, etc.–. Muchos proyectos eliminacionistas animados por la religión han obligado a convertirse masivamente a poblaciones de otras religiones.
- Represión. Que implica reducir al grupo odiado o temido mediante dominación violenta o represión en sus múltiples formas. El apartheid en Sudáfrica o la

segregación en Estados Unidos son ejemplos clásicos. La opresión a los grupos sociales incluye la amenaza de violencia y su empleo ocasional.

- Expulsión. La deportación consiste en la eliminación concienzuda de la gente indeseada empujándola más allá de las fronteras del país. Los españoles expulsaron a las minorías musulmanas y judías entre los siglos XV y XVII, los ingleses deportaron a gran número de irlandeses, los israelíes a la población palestina después de 1948, los estadounidenses a los nativos americanos, etc. En la actualidad podemos ver al gobierno islamista de Sudán emplear los mismos métodos en Darfur, o al de Birmania con la población rohinyá.
- Prevención de la reproducción biológica, cultural o social del grupo perseguido –que incluye métodos que van desde la esterilización forzosa a las violaciones sistemáticas–.
- Exterminio. Que garantiza una solución definitiva al “problema”. El exterminio ha sido una constante desde la Antigüedad; los ejércitos a menudo exterminaban a los pueblos a los que conquistaban. En la propia Biblia, Dios ordena a los judíos que maten a los pueblos que viven en la tierra prometida. Los cruzados asesinaron a judíos, musulmanes y otros en la Edad Media; las naciones imperialistas hicieron lo propio con los pueblos menos avanzados tecnológicamente que conquistaban, etc.

De los distintos métodos eliminacionistas, cuatro son los más usados y por tanto, más fáciles de caracterizar:

1. La transformación o conversión forzosa.
2. La represión
3. La expulsión
4. Los asesinatos selectivos

También hay que señalar que ningún método eliminacionista es exclusivista... pueden utilizarse varios simultáneamente. Expulsiones, matanzas, asimilación, privaciones que inciden en la mortalidad, asesinatos selectivos, etc.

Los tipos y el ámbito de las agresiones eliminacionistas

A pesar de los asesinatos masivos cometidos en la Unión Soviética, China, Corea del Norte y Camboya por los comunistas, son los regímenes derechistas, nacionalistas y étnicos (entre los que se incluyen los jemereros rojos) los que han acometido la mayoría de los proyectos eliminacionistas en el ámbito nacional. En Latinoamérica desde los sesenta, muchas dictaduras, en nombre del anticomunismo y la contrainsurgencia, emprendieron campañas para eliminar a los opositores políticos o a los pueblos indígenas –la dictadura militar argentina, Chile, el Salvador, Guatemala, etc.–.

Estos asesinatos masivos supuestamente motivados por la contrainsurgencia o una presunta seguridad nacional tienen mucho en común con otros que, oficialmente, responden a desafíos políticos nacionales o a sublevaciones. En Siria, el régimen de Hafez al-Assad eligió arrasar la ciudad rebelde de Hama, matando entre veinte y

cuarenta mil personas, en lugar de ir por los pocos cientos de rebeldes mal armados. Al igual que hicieron muchos otros, Assad empleó el asesinato masivo como medio de control y para generar terror.

En Europa, “creencias malignas” como el antisemitismo, el comunismo o el nacionalismo provocaron las masacres del Holocausto, el gulag o los asesinatos serbios en los noventa. Sin embargo, la atribución de estos actos a las “creencias” hace parecer que los perpetradores y su civilización eran distintos de nosotros. En realidad, la eliminación de masas desafía los eslóganes simplistas, ahistóricos y reduccionistas de la *guerra total*, la *banalidad del mal*, el *asesinato burocrático*, etc.

Las aniquilaciones masivas de seres humanos abarcan la práctica totalidad de la época comprendida entre los inicios del siglo XX y nuestro tiempo. Las estimaciones nos dicen que entre el 2% y el 4% de todas las personas que han muerto en la época actual –en términos comprensibles: una de cada veinticinco–, lo han hecho como consecuencia de eliminación por asesinato en masa⁷.

La distribución geográfica del genocidio abarca el mundo entero. Las Américas, desde Argentina y Chile en el sur a Brasil, Guatemala y el Salvador en el centro. Europa tiene el dudoso privilegio de ser la que ha tenido más víctimas y África el de haber sido objeto del mayor número de agresiones aniquilacionistas individuales, aunque con menos víctimas. El creciente árabe ha conocido asimismo asesinatos de masas

En octubre de 1904, el general von Trotha, gobernador de la colonia alemana de Namibia publicó en su zona de competencia una declaración pública que decía:

Yo, el gran general de los soldados alemanes, dirijo esta carta al pueblo herero. Los hereros ya no son considerados súbditos alemanes (...) El pueblo herero tendrá que abandonar el país. De lo contrario les obligaré a hacerlo por medio de las armas. Dentro de las fronteras alemanas, cualquier herero que sea encontrado, ya sea armado o desarmado, con o sin ganado, será fusilado. Ya no aceptaré a más mujeres y niños. Los devolveré a su pueblo –de lo contrario ordenaré que se abra fuego contra ellos–. Estas son mis palabras al pueblo herero.

generalizados desde la Segunda Guerra Mundial y Asia se caracteriza porque todos los países importantes que la conforman han sido escenario de proyectos eliminacionistas.

Los perpetradores proceden a su vez de todos los espectros económicos, políticos y regionales: nazis, comunistas, regímenes de derechas convencionales, países democráticos, nacionalistas, etc. Por otro lado, los asesinatos de masas han sucedido fundamentalmente en el ámbito nacional: los ejecutores, en su abrumadora mayoría, han asesinado principalmente a sus conciudadanos.

Comunicación y la forma pasiva

Es preciso desarrollar un discurso exacto y claramente antieliminacionista cuando se habla del genocidio. Con frecuencia no dudamos en referirnos a alguien que mata a diez o veinte personas como un asesino en serie o de masas, pero no ocurre lo mismo con los líderes que inician, organizan y supervisan las matanzas de miles, ni con sus seguidores que realizan el trabajo sucio.

⁷ Daniel Jonah Goldhagen, op. cit., p. 67

Es muy habitual encontrar esta forma pasiva de expresión en la prensa e incluso en informes oficiales. Por ejemplo “tal o cual día murieron tantos armenios, iraquíes, judíos, musulmanes, etc...”. Pero no han muerto de malaria, ni en un terremoto. La expresión correcta debería emplearse en forma activa: “los franceses mataron a tantos sirios”, “los israelíes masacraron a tantos palestinos”, etc... Deben evitarse eufemismos y expresiones confusas como “limpieza étnica” y utilizar el término genocidio, aunque sea analíticamente impreciso. En nuestra descripción no se debe omitir a los agentes sino que, utilizando la forma activa, debe señalarse a los perpetradores de los asesinatos de masas.

La forma pasiva es mucho más habitual y sutil de lo que pensamos. Por ejemplo, en la historia del Holocausto se tiende a ocultar la identidad de los perpetradores de los crímenes refiriéndose a ellos de forma pasiva bajo la denominación de “los nazis”. Otro ejemplo se daba en los años ochenta cuando los asesinos guatemaltecos que masacraban a los izquierdistas y a los mayas –la policía y las fuerzas de seguridad– hacían referencia como expresión estándar en la documentación oficial a personas que “han sido secuestradas” o “fueron desaparecidas”⁸. O, por ejemplo, la insistente referencia a los expulsados en los conflictos como “personas desplazadas”.

Cuando Naciones Unidas publicó su informe sobre Darfur en 2005 negaba que se estuviera cometiendo un genocidio –faltaba aparentemente “la intención”– y consideraba que se trataba de una “situación” de violaciones del derecho humanitario internacional y de las leyes sobre derechos humanos⁹. En esos momentos la propia organización internacional reconocía 300.000 muertos y 2,5 millones de desplazados – las cifras actuales son de más de 500.000 y 3 millones respectivamente¹⁰–.

Hay cuatro tipos de mensajes frecuentes que el análisis debería evitar:

- El lenguaje de equivalencia; que explica los asesinatos y las expulsiones masivas como resultado de un “conflicto étnico o religioso”. Esto sugiere que el genocidio es resultado de la escalada de un proceso que está fuera de control y en el que ambas partes son responsables.
- La idea del odio esencial; por la que se presenta el asesinato de masas como resultado de un odio primordial entre grupos. Se da a entender la inevitabilidad de una situación, más allá de la racionalidad, sin soluciones políticas lógicas.
- La “naturaleza humana”; adscribe los crímenes a la esencia del ser humano. O existen países más allá de los estándares civilizados o los asesinatos son un producto inevitable de la guerra, de la pobreza, de la globalización, etc. De nuevo el genocidio se presenta como inevitable e imposible de prevenir o detener.
- El recurso a estructuras abstractas; que implica incapacidad de discutir las causas reales del genocidio y de nombrar específicamente a los responsables.

⁸ *Guatemala: Memoria del silencio*. Comisión para el Esclarecimiento Histórico. Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS). 1999.

⁹ *La ONU concluye que Sudán cometió crímenes contra la humanidad en Darfur pero no genocidio*. El País. 01/02/2005.

¹⁰ *Darfur, the Most “Successful” Genocide In A Century*. Eric Reeves. Huffington Post. 21/04/2017.

También se deberían eludir términos aislados como “radicales hutus”, “las SS”, “los Tigres de Arkan”, “miembros de las tribus” porque equivale a tratarlos como abstracciones. Tampoco los manidos conceptos de “extremistas” o “radicales”, para referirse a los perpetradores, parecen adecuados porque se sugiere automáticamente que los medios políticos convencionales no son válidos para disuadir o detener a los culpables.

Juden raus

Una idea equivocada muy frecuente al tratar el problema eliminacionista consiste en considerar a las culturas en las que se gente crece y se educa como algo irrelevante a la hora de entender su participación en los asesinatos de masas.

Lo cierto es que puede existir una predisposición social a eliminar a ciertos grupos de personas. El requisito fundamental es que se considere que esa categoría de personas no posea valor humano y por tanto, que matarlos no sea inmoral. Ha habido sociedades y culturas que han negado esta igualdad moral de los seres humanos. Por ejemplo, los antiguos griegos tenían esclavos que se consideraban carentes de razón del mismo modo que se consideraba a los bárbaros no griegos carentes de cualidades humanas plenas. También los colonizadores europeos trataron a las personas de raza negra como seres diferentes, a duras penas humanos, de los que se podía prescindir cuando fuera necesario –utilitarismo amoral–.

Esta deshumanización del otro que permite que el asesinato de masas se justifique se produce por tres factores:

- ✓ Conflicto. Personas que no tienen prejuicios o animadversión contra un grupo pueden ver surgir el odio al calor de un conflicto, normalmente la guerra, que lleva a creer que el pueblo enemigo debe ser aniquilado.
- ✓ Adoctrinamiento. Fruto de doctrinas políticas que invocan la destrucción o eliminación de otros. Si un régimen así llega al poder y se mantiene el tiempo suficiente, puede educar seguidores que actúen voluntariamente según esas creencias eliminacionistas.
- ✓ Racismo. Prejuicios preexistentes contra grupos específicos que pueden activarse con objetivos eliminacionistas.

Las personas formadas en épocas, en grupos o en sociedades diferentes tienen a su vez distintas potencialidades a la hora de participar en asesinatos de masas. Una persona criada en la Europa medieval cristiana tenía una mayor probabilidad de sentir animosidad frente a personas consideradas malignas por rechazar la divinidad de Jesús –judíos, musulmanes, herejes, etc.–. Lo mismo ocurriría, contra los negros, en el caso de un blanco educado en el sur de Estados Unidos antes de la guerra civil. Si alguien se educa en una sociedad para la que un grupo determinado –judíos, armenios, tutsis, etc.– es maligno o peligroso, será más propenso a consentir o apoyar el empleo de la violencia para librar a su sociedad de dicho grupo. En ese contexto la aniquilación de masas será un concepto plausible y después, una opción real.

Las soluciones “técnicas” para eliminar a los grupos no deseados o supuestamente amenazadores son variables y no siempre exterminacionistas. Podemos

sintetizar el deseo de librarse de dichos grupos con una de las consignas más frecuentes antes y durante el periodo nazi en Alemania: *Juden raus* (judíos, fuera).

Por ejemplo, las “marchas de la muerte” –la primera en denominarse así fue la de Bataan, en 1942, en que los japoneses obligaron a marchar a sus prisioneros estadounidenses y filipinos bajo el calor tropical sin proporcionarles comida ni asistencia– junto a las expulsiones, expresan las múltiples formas y métodos eliminacionistas. Abandonando a los supervivientes en lugares remotos sin medios para sobrevivir, se espera que mueran muchos más. Para los perpetradores, la expulsión y el asesinato son intercambiables.

Algo similar ocurre con los sistemas de campos –llámense de concentración, de trabajo, reasentamiento, reeducación, cooperativas, etc.– que son un sistema de destrucción duradero. En primer lugar, eliminan temporalmente de su relación con la sociedad a las personas indeseadas para, en su caso, proceder después a la eliminación permanente. Por ejemplo, los regímenes comunistas emplearon gran número de campos para eliminar y aterrorizar a la oposición política, en los que miles de personas fueron liquidadas “trabajando” hasta la muerte.

Del mismo modo que las instituciones de aniquilación varían en el tiempo y en el espacio, las formas de matar también son diferentes. Las variaciones tienen que ver con el carácter de los perpetradores, con su concepto de las víctimas, con los medios tecnológicos disponibles y la urgencia percibida del proyecto. Podemos ver esto en Ruanda, donde los instrumentos de exterminio fueron palos, cuchillos y machetes; en Camboya, donde los jemeres rojos utilizaron fundamentalmente la inanición planificada; en el refinamiento de las cámaras de gas alemanas –que es un método tan ineficiente que no ha vuelto a usarse por ningún otro asesino de masas– o en las bombas atómicas estadounidenses.

En los últimos días de la II Guerra Mundial los Estados Unidos lanzaron una bomba atómica sobre Hiroshima. Aproximadamente 300.000 personas murieron¹¹ pese a que no tenían relación directa alguna con el conflicto y no suponían una amenaza inminente contra los estadounidenses.

Las justificaciones siempre se han centrado en afirmaciones como que era un acto necesario para acabar la guerra que habría ahorrado decenas de miles de norteamericanos, o incluso que fue un acto de demostración de fuerza. Ninguna persona con un mínimo de discernimiento podría admitirlas, salvo como excusas de un crimen¹². Lo cierto es que si Hitler hubiera sido capaz y hubiera incinerado Londres o Nueva York con bombas atómicas o si la Unión Soviética hubiera atacado ciudades de Estados Unidos durante la Guerra Fría con el mismo armamento, tales actos hubieran sido calificados sin ambigüedad como asesinatos en masa.

El problema que se muestra es nuestra falta de comprensión, pese a la enormidad del acto, del asesinato de masas y el genocidio. Si la matanza intencionada de un cuarto de millón de *civiles* en un solo acto y a la vista de todo el mundo no se considera como un acto genocida de nuestra era, esto nos indica un grave problema moral y de entendimiento y definición.

¹¹ *Hibakusha: Survivors of Hiroshima and Nagasaki*. Gaynor Sekimori et al. Kosei Publishing Company. 1989.

¹² *Why did the U.S. bomb Hiroshima?* Ryan Browne. CNN. 27/05/2016.

Los ciudadanos tenemos una idea embellecida de nuestros países. Los españoles, estadounidenses, turcos, rusos, japoneses, británicos, belgas, etc. somos incapaces de reconocer en nosotros mismos las monstruosidades que vemos con facilidad en los demás. Al fin y al cabo, no parece adecuado poner al mismo nivel moral los crímenes de Truman o de Gaulle con los de Hitler, Stalin o Pol Pot. Porque si bien algunos son personas normales forzadas por las circunstancias a cometer actos monstruosos otros son monstruos directamente y sin paliativos. Pero esto no debería impedirnos considerar los actos de todos como lo que son.

Nada nos indica que la naturaleza de los actos concretos sea diferente, ni las distinciones que hagamos varían la definición de asesinato en masa. Matar niños en Nagasaki o Argel no es menos homicida que el asesinato deliberado de niños camboyanos o chinos. El análisis de los hechos nos obliga a aclarar sus razones y a realizar una evaluación moral de los mismos, su carácter y la culpabilidad de sus autores.

Inicio

La matanza de los herero, los namaquas y los damaras a principios del siglo XX por parte de los alemanes no fue ni la primera ni la más grave matanza, pero podemos decir que fue altamente significativa. La campaña de aniquilación alemana en la actual Namibia es paradigmática en el sentido de que un grupo, en nombre de un proyecto nacional o ideológico, intenta conscientemente eliminar a otro grupo indeseado o pretendidamente peligroso y emprende metódicamente un proyecto para conseguirlo a lo largo de los años. Españoles, portugueses, franceses y otros, aun racistas y asesinos, no emprendieron como política nacional el exterminio sistemático de los pueblos objeto de sus conquistas.

En todo caso debe responderse a la cuestión de cómo es posible que alguien desee matar a miles o a millones de personas, incluso a niños, que nunca ha conocido ni visto. Muchas explicaciones se centran no en los perpetradores sino en los sistemas: el capitalismo, sistemas políticos autoritarios, conflictos étnicos o la naturaleza humana. Estas interpretaciones hacen que el asesinato de masas parezca impersonal e inevitable, más allá del control humano.

Una explicación afirma que el asesinato masivo es una consecuencia de la construcción nacional. A menudo la formación de una identidad nacional dominante conduce a la eliminación de los grupos que no encajan en el nuevo contexto –mediante la transformación, la expulsión y/o el exterminio–. Como ejemplos pueden citarse varios países del África poscolonial o la propia historia de Estados Unidos.

Sin embargo la explicación de las campañas aniquilacionistas debe ser más compleja y debe responder a cuatro preguntas:

- ¿Por qué comienzan los asesinatos de masas? La respuesta que suele darse se apoya en tres factores:
 - *El carácter del Estado.* Las campañas eliminacionistas son actos esencialmente políticos iniciados casi siempre por los Estados o

entidades que aspiran a convertirse en tales. Un Estado débil, inestable o amenazado puede reaccionar aniquilando a quienes son percibidos como una amenaza real o potencial. El desequilibrio puede venir dado por factores como el declive imperial, la guerra, la globalización, etc. Por otro lado, un Estado poderoso, que domine a su sociedad sin trabas internas y sin sociedad civil que ponga límites, puede ser capaz de matar a la gente que se interponga en su camino o que considere superflua. La explicación estatal sin embargo no explica el asesinato selectivo de algunos grupos, su cronología o el hecho frecuente históricamente de la causalidad inversa: cuando los deseos eliminacionistas son los que producen el proyecto de construcción nacional.

- *La composición de la sociedad.* Especialmente la estructura étnica y social de un país. Allí donde existe un conflicto étnico por el poder o los recursos económicos, o visiones excluyentes desde el punto de vista étnico, religioso o lingüístico, se da una situación en la que los grupos pueden buscar exterminar a sus enemigos.

También la cultura dominante en un país, cuando produce la deshumanización de grupos enteros –por causas religiosas, étnicas, etc.–, puede originar asesinatos en masa.

Pero esta explicación falla al explicar por qué algunos conflictos o prejuicios dan lugar a asesinatos sistemáticos mientras que otros no, tampoco explica la eliminación de grupos que *no* son objeto de conflicto étnico o religioso. Por ejemplo, las víctimas de los regímenes comunistas.

- *La psicología del individuo.* Cuando se presenta la ocasión de aniquilar a los demás, los mecanismos psicológicos individuales empujan a las personas a matar. Estos mecanismos responden a la sensación de amenaza, la desinhibición ante la muerte y la expresión de la agresividad. Esta explicación por sí sola tampoco afronta los contextos en lo político y lo social de este fenómeno.

- ¿Por qué algunos grupos son objetivo de la eliminación y otros no? En ocasiones los Estados eligen matar a algunos grupos y utilizar medios diferentes, aunque también sean eliminacionistas, con otros.
- ¿Por qué se escoge la variante aniquilacionista frente a otras como la asimilación o la expulsión?
- ¿Por qué comienza la agresión eliminacionista cuando lo hace y no antes, o después?

En el plano temporal, los asesinatos y eliminaciones de masas pueden ser:

- Una agresión localizada, de una sola vez, y limitada en el tiempo. Estos son frecuentes, en determinadas condiciones, para conseguir ventajas estratégicas y no como un proyecto transformador más amplio. Ejemplos serían los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki o el atentado terrorista de las Torres Gemelas.
- Asesinatos masivos reiterados, como una serie de agresiones localizadas. Esto supone el inicio, detención y reanudación de las masacres contra grupos

determinados. Por ejemplo, los turcos asesinaron masivamente a los armenios en tres ocasiones o Burundi que, desde la descolonización, ha sufrido cuatro agresiones homicidas de los tutsis contra los hutus.

- Asesinatos de masas sistémicos, continuos y prolongados temporalmente. Constan de actos sucesivos integrados en una acción de gobierno constante de un régimen. Los casos de la Unión Soviética, del Holocausto o de Corea del Norte serían paradigmáticos.

Causas y evolución

Cuando hablamos de genocidio o eliminacionismo debemos hacernos la pregunta de qué es lo que motiva a la gente para matar a sus semejantes, incluso a los niños, a nivel masivo. No se trata de una muerte producto de una disputa, ni de asesinatos en serie psicópatas, sino del asesinato sistemático de millares o millones de personas.

Se ha argumentado que la participación de las personas en los actos genocidas está muchas veces determinada por fuerzas externas que anulan el libre albedrío de los individuos. Un argumento que se proporciona es que los humanos, levantadas las trabas del barniz de la civilización, somos intrínsecamente homicidas. Pero dadas las circunstancias, ¿por qué unas personas matan y otras no? ¿por qué algunos torturan y otros no? Enfrentados ante coyunturas muy parecidas ¿por qué hay grupos que llevan a cabo asesinatos en masa y otros que no?

La disposición para participar en una eliminación de masas responde en primera instancia al factor crítico de la forma en que los perpetradores conciben a la población objetivo. Los alemanes tuvieron diferente éxito para encontrar ayuda y apoyo social en los distintos países que ocuparon y, dentro de estos, hubo variaciones en el soporte a la agresión contra los judíos. Estas diferencias se explican por el alcance del antisemitismo local.

Por supuesto, el primer paso de cualquier agresión eliminacionista es su inicio. Sin embargo, una vez que ha empezado deben ocurrir muchas cosas para que se lleve a término. Los líderes tienen que movilizar o crear las instituciones que cometen los asesinatos o las expulsiones, deben diseñarse procedimientos de selección y detención de las víctimas, debe buscarse gente que masacre o elimine al objetivo designado... Por último, las campañas aniquilacionistas llegan a su fin y la forma en que se detienen también es variable.

Determinadas condiciones o factores del Estado o la sociedad crean las condiciones y aumentan la probabilidad de que se emprenda una eliminación de masas pero ninguna de ellas, por sí sola, da lugar de forma inexorable a tales agresiones. La política es un elemento esencial de su génesis y sólo una o unas pocas personas son las que inician las aniquilaciones masivas.

En efecto, los odios más virulentos no tienen como resultado una matanza sistemática a menos que exista un liderazgo político que movilice y organice a los que odian en un programa de matanza¹³. Lo que puede apreciarse siempre es la existencia de órdenes, reuniones y sucesivas decisiones para iniciar –o para *no* iniciar– los programas

¹³ *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Daniel J. Goldhagen. Taurus. 2008, p.11.

eliminacionistas. No existe ningún caso que no hubiera podido evitarse en caso de que “una persona o unas pocas personas hubieran tomado una decisión en sentido contrario”¹⁴.

Aunque hemos comentado que la guerra, la construcción nacional, los desafíos a la integridad del Estado y los conflictos étnicos y sociales, son factores que incrementan la posibilidad de los proyectos de aniquilación de masas, *la iniciativa política es el elemento esencial*. La construcción nacional estadounidense condujo a políticas eliminacionistas contra los nativos norteamericanos pero no hacia otros grupos que amenazaban el proyecto. Suráfrica debería haber sufrido una o varias campañas aniquilacionistas en tanto que sufría un conflicto étnico entre negros y blancos, una lucha militar contra el Congreso Nacional Africano y una estructura estatal segregacionista por parte de los blancos; sin embargo nunca dio lugar a la aniquilación por parte de los blancos ni de estos por parte de los negros cuando el CNA asumió el poder.

Para iniciar una eliminación masiva deben existir unos líderes animados por una ideología eliminacionista que estén decididos a convertir los sentimientos existentes en una política estatal de exterminio. Por otro lado, es raro que los líderes eliminacionistas asuman el poder en sociedades donde sus puntos de vista no son ampliamente compartidos o que, si sucede, lleven a la práctica sus políticas. También se da el caso de sociedades con un sentimiento eliminacionista generalizado en que los líderes homicidas no llegan al poder y por tanto nunca se emprenden estas políticas.

Es el factor político el que marca la diferencia. El sentimiento antisemita estaba extendido en Alemania pero la eliminación masiva no se produjo hasta que Hitler llegó a la cancillería. Del mismo modo existía el sentimiento antimusulmán en Serbia pero debió ser activado por Milosevic, el odio antitutsi existía en Ruanda prácticamente desde antes de la independencia pero el asesinato masivo sólo tuvo lugar cuando lo decidieron los líderes hutus en 1963 y 1994.

Las agresiones eliminacionistas son actos políticos estratégicos inscritos en contextos, prácticas y fines amplios. En el plano político, los grupos víctimas son eliminados o ven debilitado gravemente su poder. En lo social y lo económico, los perpetradores despojan a las poblaciones objetivo de su territorio, sus hogares, pertenencias y sus posiciones sociales y económicas. En este último ámbito, la explotación del trabajo de las víctimas puede darse como elemento accesorio y secundario de la empresa eliminacionista principal. Culturalmente, se produce la aniquilación de las formas y costumbres rivales –a veces, una iniciativa eliminacionista no homicida puede ser una transformación cultural, como cuando los perpetradores obligan a las víctimas a convertirse o renunciar a su religión–.

Los actores políticos no son una entidad abstracta y sin rostro, ni una burocracia, sino una o unas pocas personas identificables. Stalin, Hitler, Truman, Mao, Suharto, Yahya Khan, Idi Amín, Romeo Lucas García y Efraín Ríos, Mengistu, Pol Pot, Pinochet, Milosevic, Sadam Husein, Háfed al-Assad, Omar al-Bashir, etc... todos fueron líderes políticos que emprendieron programas eliminacionistas. Ninguno se vio obligado a hacerlo y no lo hicieron solos.

¹⁴ Goldhagen, Peor que..., óp. cit., p. 92.

La organización del asesinato de masas requiere una preparación estratégica y táctica, que incluye distribuir la responsabilidad en organizaciones y personas, crear planes operativos y definir los objetivos. Debe determinarse cuándo y cómo emprender las acciones y decidir la forma de gestionar los niveles de secretismo o de publicidad. En cualquier caso, sea cual sea la libertad de acción concedida a sus subordinados, los líderes son los instigadores principales; si cada uno de ellos hubiera dicho ‘no’, o si hubiera optado por no decir ‘sí’, muchas eliminaciones de masas sencillamente no hubieran ocurrido.

Poner en marcha una matanza eliminacionista es un acto de elección realizado libremente, no determinado por fuerzas o estructuras abstractas, ni sobrevenido fortuitamente por las circunstancias. El instigador es un factor indispensable pero, si ha de cumplirse su proyecto, debe dirigirse a las aspiraciones, deseos, odios, miedos, conceptos morales, resentimientos y sentimiento de lo que es necesario hacer, de muchos otros.

Las campañas eliminacionistas producen resultados distintos. Los perpetradores aniquilan a distintas combinaciones de personas, a veces sobre todo a los hombres, a veces mujeres y niños. Las muertes pueden ser generalizadas o selectivas y las clases de acciones sobre las víctimas pueden ser muy variadas, siendo la muerte el eslabón final de la cadena.

Es habitual que en los análisis de los genocidios se asuma que cuando el líder ordena la eliminación de personas, sus seguidores lo hacen de forma automática y la “maquinaria” de la muerte funcione de forma implacable –por ejemplo, cuando se asume que el Holocausto fue perpetrado únicamente por algunas unidades de las SS alemanas–. El problema queda así circunscrito a los líderes y unos cuantos asesinos especialmente crueles pues, al fin y al cabo, sería imposible llevar ante la justicia a miles o decenas de miles de personas por cometer asesinatos.

Las operaciones de eliminación masiva a menudo tienen gran envergadura: hay un gran número de víctimas y de perpetradores; el ámbito geográfico de las mismas puede ser el de un país o el de un continente y la coordinación de las muchas instituciones y ejecutores puede ser muy compleja. Además, la aniquilación no es instantánea sino que tiene una duración y un ritmo; las propias víctimas pueden tratar de resistirse de diversas formas a sus potenciales asesinos.

Una institución eliminacionista es la que se emplea para el asesinato o eliminación de masas y sus miembros pueden hacerlo directamente, o bien colaborar de forma tangible en un proyecto aniquilacionista. Tanto las organizaciones como los individuos pueden actuar de forma específica o voluntaria, o bien ser designados para ello –por ejemplo, las tropas del NKVD fueron destinadas al gulag, mientras que los ustachas croatas eran principalmente voluntarios–.

Perpetradores y motivos

Un perpetrador es cualquier persona que conscientemente contribuye de alguna forma a la muerte o eliminación de otros o a causarles daño, dentro de un programa

eliminacionista. Lo que una persona haga exactamente –matar, negar ayuda, identificar, trasladar, custodiar, etc.– es de lo que debe ser responsable jurídica y moralmente.

El número de personas que ha participado en agresiones eliminacionistas en nuestra época –incluso maltratando a las víctimas, utilizándolas o saqueándolas– es astronómico. En el Holocausto participaron millares de personas en toda Europa, en Ruanda los hutus de todo el país, de todos los orígenes y condición social, participaron masivamente en el asesinato de sus vecinos¹⁵.

Hay que tener en cuenta que los regímenes aniquilacionistas raramente han empleado la coacción para conseguir la participación de los perpetradores. La forma más segura para la autodestrucción del liderazgo político es intentar obligar a un gran número de personas armadas a cometer actos a los que son contrarios. Esto implica que tiene que haber suficientes personas que se ofrezcan libremente –siempre hay disidentes pero la evidencia de los casos históricos muestra que son pocos frente a los partidarios–.

Cuando tanta gente participa en eliminaciones masivas cabe preguntarse: ¿creen estas personas que las víctimas merecen morir o ser eliminadas? Porque no es posible no tener un punto de vista sobre si está bien o mal masacrar o expulsar de sus hogares o su país a miles o millones de hombres, mujeres y niños. Si la respuesta es *sí*, ¿cómo llega a creer esto? Y, si la respuesta es *no*, ¿por qué mata o contribuye al programa de eliminación?

La noción predominante en las discusiones sobre el asesinato de masas es que los perpetradores son coaccionados. Pero la evidencia histórica desmiente esto. Por ejemplo, en la Alemania nazi no se ejecutó jamás a nadie, ni se le encarceló ni se le castigó de forma grave, por negarse a matar judíos –sí hubo casos de traslados y de apartamiento de la tarea de asesinar–. Lo cierto es que la norma ha sido la ausencia generalizada de coerción, por innecesaria. Cuando algunos individuos no han querido participar no ha sido necesario obligarles, había gente más que suficiente para hacer el trabajo.

El segundo concepto invocado es la autoridad. Gente que en otras circunstancias desaprobaba el acto, considera que es su deber llevarlo a cabo. Esto se basa en los conceptos de obligación por el deber de cumplir las órdenes del Estado y la convicción de que éstas son intrínsecamente legítimas. Sin embargo, el argumento no se sostiene en cuanto consideremos que la gente desobedece, evade e ignora constantemente las instrucciones, las leyes y las normas del Estado y del gobierno, tanto en las democracias como en las dictaduras.

Otro argumento explicativo se fundamenta en la presión psicológica social que empuja a la gente a asesinar a los demás. Pero esto implica asumir que la mayoría de la gente está a favor de matar pues de otro modo no existiría esa presión social o incluso existiría en el sentido de no matar.

Uno de los postulados más usados es la supuesta mentalidad burocrática que crea una inercia de “la prestación por la prestación” sin tener en cuenta la actitud ante la tarea en sí. El individuo queda así desconectado de su conciencia, imbuido en un

¹⁵ *The Order of Genocide: Race, Power, and War in Rwanda*. Scott Straus. Cornell University Press. 2008.

procedimiento burocrático¹⁶ que fragmenta las funciones hasta el punto en el que nadie se considera responsable de la totalidad del acto. La cuestión que surge aquí es que los líderes y los perpetradores que matan saben lo que hacen; sus funciones no son comparables con las de un funcionario aplicando una medida tributaria. Además, por ser un servidor público o un burócrata no se dejan de tener opiniones sobre lo que está bien y lo que está mal.

También se ha argumentado que una motivación de los perpetradores puede ser el beneficio personal. En realidad, el hecho de saquear y expoliar a las víctimas de asesinatos o expulsiones parece más bien un subproducto del proceso y no una motivación del mismo.

Por último, se alega que cuando desaparecen las restricciones legales y de orden público y se tiene permiso para matar, la gente mata. Se trataría de la naturaleza del ser humano cuando desaparece el barniz de la civilización. Pero esto niega la realidad histórica por la que en la mayoría de los casos en los que los pueblos podían haber asesinado a otros con impunidad, eligieron no hacerlo.

Fin

Las formas en que los asesinatos y eliminaciones de masas llegan a su fin son variadas y los motivos por lo que lo hacen también.

La aniquilación de los herero por los alemanes siguió su curso sin presiones internas o externas hasta que asesinaron a un número suficiente de ellos (en torno al 80%). La de los armenios por parte de los turcos prosiguió igualmente hasta que se consideró que Anatolia estaba suficientemente despoblada de ellos. Los belgas detuvieron su aniquilación en el Congo por voluntad propia. Assad se detuvo en la ciudad de Hama cuando consideró que la destrucción era lo suficientemente terrorífica y disuasoria. Los indonesios dejaron de matar a los comunistas porque concluyeron que el trabajo estaba terminado. Gran parte de los asesinatos de masas ha parado de acuerdo con los ritmos y necesidades de los perpetradores. Otros lo hicieron por la intervención de otros actores y tras la derrota militar, como el caso de la Alemania nazi o de la invasión por Vietnam de la Camboya de los jemeres rojos.

Podemos constatar que, con pocas excepciones, los programas eliminacionistas han concluido porque:

- Los perpetradores han alcanzado sus objetivos
- Se ha producido un cambio interno por un cambio de régimen o la adopción de una nueva política.
- Derrota militar.

Lo cierto es que en casi todos los asesinatos y eliminaciones de masas de nuestra época los agentes eficaces capaces de detener a un régimen dedicado a la eliminación, no han actuado en absoluto¹⁷.

¹⁶ *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal.* Hannah Arendt. Ed. Lumen. 2012.

¹⁷ Goldhagen, *Peor que...*, óp. cit., p. 286.

Conclusión

El problema del eliminacionismo no es la naturaleza humana. Los asesinatos masivos no son algo inevitable causado por fuerzas que están más allá del control humano. Se trata de un problema político que debe abordarse políticamente y en el que el entorno internacional tiene una influencia crítica.

En nuestras sociedades occidentales la atención se dirige al último caso de asesinato o la última masacre en lugar de hacerlo a los crímenes y eliminaciones de masas en curso en varios países. Los medios de comunicación deberían mantener un sólido discurso antieliminacionista informando sobre los hechos a medida que se producen. Debería ser una responsabilidad de los medios al menos transmitir los siguientes conceptos:

1. El comienzo de cualquier agresión eliminacionista.
2. El hecho de que la comunidad internacional se enfrenta, como comunidad, a una crisis urgente.
3. Que se pueden salvar las vidas de cientos, miles o millones de personas.
4. Que la inacción equivale a ser cómplices de las matanzas.

De no darse esto, como de hecho ocurre con frecuencia, los datos básicos son desconocidos para la mayoría de las personas e incluso para los responsables políticos interesados.

El problema es que estas informaciones son incómodas en muchos países e instituciones porque las mismas implicarían una revisión crítica del propio pasado. Los negacionistas existen prácticamente en todos los países cuyos pueblos han perpetrado ofensivas eliminacionistas.

Podemos ver ejemplos que en los que niegan el Holocausto o incluso en la Iglesia Católica, que ha permanecido en silencio sobre su participación en la eliminación de los judíos¹⁸. También los croatas y los serbios ocultan la verdad sobre sus respectivos asesinatos, Japón niega sistemáticamente sus prácticas eliminacionistas en la Segunda Guerra Mundial, Turquía en relación con el pueblo armenio, etc. Pero esto no implica que deba abrazarse el concepto de “culpa colectiva”.

La “culpa colectiva” es una acusación que se basa en alguna combinación de tres errores:

- Que todos los miembros del grupo de perpetradores están implicados.
- Que la implicación es consecuencia automática de su pertenencia a ese grupo.
- Que están implicados jurídicamente en los actos y por tanto son culpables, en lugar de ser moralmente responsables.

Sólo con el impulso dado por los asesinatos masivos de la Segunda Guerra Mundial y por el horror del Holocausto consiguieron introducirse en el derecho internacional los estatutos contra el asesinato de masas. La Convención para la

¹⁸ *La Iglesia Católica y el Holocausto*. Daniel Jonah Goldhagen. Taurus. 2002.

prevención y la sanción del delito de genocidio, aun con sus múltiples defectos, fue aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas en diciembre de 1948.

Sus mayores problemas son la definición y la carencia de un mecanismo eficaz de aplicación. No se protegen a los grupos masacrados por razones políticas o por motivos económicos sino a los “grupos nacionales, étnicos, raciales o religiosos” – cualquier régimen homicida puede alegar que se enfrenta a un conflicto político–. También parece estar pensada para asesinatos masivos. Por ejemplo, el asesinato de entre 20.000 y 40.000 personas por el régimen de al-Assad en la ciudad siria de Hama, no se considera que viola esta convención. La limpieza étnica –expulsar a grandes poblaciones mientras se asesina “sólo” a un pequeño porcentaje, aunque sean miles de personas– tampoco, como pudo verse en Bosnia y Kosovo donde la OTAN intervino sin autorización de Naciones Unidas.

La realidad es que las instituciones internacionales y el sistema de Estados del mundo están mal equipados para poner fin a las eliminaciones de masas. Sobre todo Naciones Unidas ha mostrado caracterizarse por la incompetencia, negligencia y complicidad a la hora de abordar las políticas exterminacionistas¹⁹. La convención sobre el genocidio, en sus casi setenta años de vigencia, nunca se ha activado ni se ha utilizado para una intervención.

Avances

Entre los desarrollos positivos que se han producido recientemente para acabar con las políticas exterminacionistas está el reconocimiento de la “responsabilidad de proteger” reconocido por Naciones Unidas en 2005.

El concepto es problemático porque se produce un conflicto entre la necesidad de que la comunidad internacional intervenga para proteger a las poblaciones de terceros países contra la agresión de sus propios gobiernos, y la propia anticipación frente a las agresiones eliminacionistas. Esta exige que los países lleven a cabo una guerra de agresión –sin haber sido atacados previamente–, abrogando la soberanía de otros países, y tal vez la invasión y ocupación de los mismos, lo que tiene todo el aspecto del imperialismo.

La soberanía existe no para las naciones o los pueblos de los países sino para los Estados. Este concepto cobró forma con la Paz de Westfalia en 1648, una época no democrática, y en su momento tenía sentido para conseguir un entorno internacional más ordenado, predecible y estable. Pero hoy el respeto a la soberanía de un Estado criminal no reduce el conflicto sino que lo promueve. Mientras se mantenga de forma absoluta este concepto, la *responsabilidad de proteger* no dejará de ser una declaración de intenciones al carecer de un mecanismo de activación claro o un sistema de intervención prescrito.

Del mismo modo, la Corte Penal Internacional, creada en 1998 y en funcionamiento desde 2002 ha realizado algunas actuaciones para juzgar a los responsables de crímenes de genocidio, guerra de agresión, de guerra y de lesa humanidad. Sin embargo, no deja de ser en realidad un método de bajo coste para

¹⁹ ONU. *Historia de la corrupción*. Eric Frattini. Espasa Calpe. 2005.

aparentar una lucha contra el asesinato de masas. En la práctica varios países –como Estados Unidos, Rusia, China, India, Israel o Cuba– no han firmado el Estatuto de la Corte. El caso más relevante es el de Estados Unidos que tiene legislación específica que prohíbe el apoyo al Tribunal e incluso permite sancionar a sus miembros.

También se han creado tribunales internacionales ad hoc, como el Tribunal Penal Internacional para Ruanda –que dictó la primera condena internacional por genocidio– o el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia –que ha procesado a 161 personas por presuntas violaciones del derecho internacional humanitario–.

En cualquier caso al igual que las instituciones nacionales diseñadas para evitar la delincuencia tienen imperfecciones, las medidas e instituciones internacionales para impedir ataques eliminacionistas también han de fracasar alguna vez. Del mismo modo que un cierto nivel de delincuencia existe y es prácticamente imposible de suprimir, sería poco realista pensar que se puedan evitar todas las políticas exterminacionistas.

El entorno internacional afecta fundamentalmente a las políticas. Por ejemplo, en un entorno belicista y militarista se aumenta la inseguridad provocándose un aumento del gasto armamentista entre antagonistas reales o potenciales en una escalada armamentística denominada “trampa de la seguridad”. Otro ejemplo, que aumenta la seguridad, se produce cuando los conflictos políticos se resuelven mediante organizaciones que pueden legislar y hacer cumplir normas vinculantes, como en el caso de la Unión Europea.

Las acciones que pueden adoptarse en el entorno político internacional deben apoyarse en tres pilares fundamentales:

- ✓ Prevención. Que implica crear las condiciones generales que puedan inhibir las políticas eliminacionistas con leyes, instituciones y prácticas.
- ✓ Intervención. Que los actores internacionales tomen medidas para detener los crímenes o eliminaciones masivas con esfuerzos y sanciones diplomáticas y económicas y, en su caso, la intervención militar.
- ✓ Justicia. Que debe incluir medidas como el castigo a los perpetradores y las medidas de reparación política, material y moral.

Debemos concluir que en la actualidad nos quedamos muy cortos con respecto a lo que sería necesario. La comunidad internacional es una colección difusa de Estados individuales que tiene poco de comunidad real y en la que los que hacen el derecho internacional, como la Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio, son en muchos casos dictaduras y entidades criminales o tiránicas.

Una política contra los perpetradores de un genocidio no debería basarse en los antecedentes de los tribunales creados para casos específicos y restringidos –Yugoslavia o Ruanda y sólo para personas ya acusadas– sino más bien parecerse a la lucha antiterrorista que *persigue* a las personas buscadas por sus atentados y *promete perseguir* a los futuros terroristas.

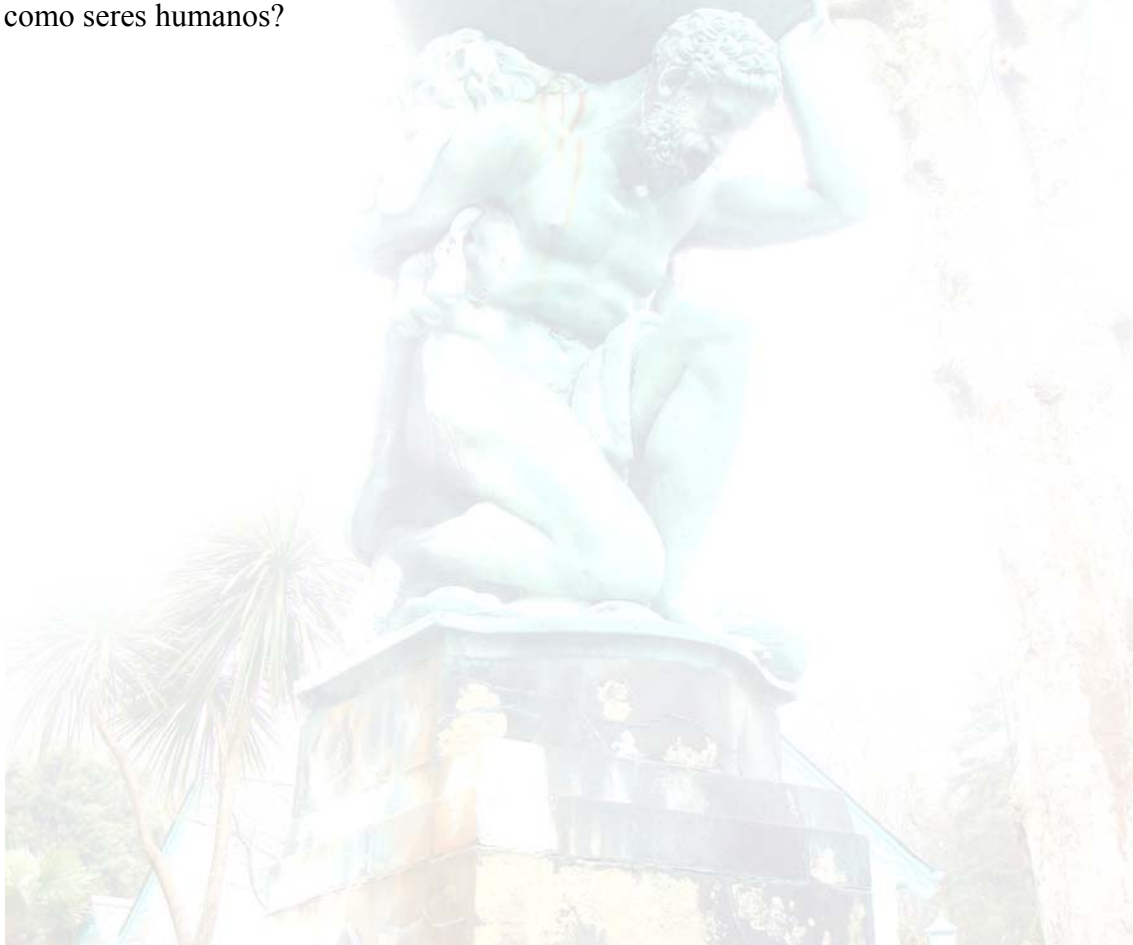
En todo caso, si en algún momento fueran efectivas las recompensas o las sanciones o si la intervención de un país fuera decisiva, se salvarían miles o decenas de miles de personas y se mandarían un mensaje a los perpetradores potenciales futuros. Un

éxito, aun en un único caso, daría lugar a efectos positivos. Una persona con poder y con gran peso moral como el presidente de Estados Unidos o algunos líderes europeos o de otros lugares, podrían cambiar a mejor la ecuación eliminacionista.

Un régimen internacional viable de prevención, intervención y sanción debería tener como fin eliminar los fundamentos institucionales, políticos y culturales que sirven a los líderes políticos para considerar las políticas eliminacionistas como una opción factible. Porque lo cierto es que históricamente el precio que han pagado quienes practicaron políticas eliminacionistas ha sido insignificante.

Nos queda el consuelo de saber que la crítica, la disensión, la desconfianza y la resistencia respecto a los deseos, las políticas y los programas de los líderes políticos son la norma en todo el mundo y bajo todo tipo de regímenes –incluso durante la guerra–. Cuando dichas políticas vulneran los valores morales y los derechos fundamentales, como ocurre en la eliminación de masas, es la disconformidad lo único que puede salvarnos.

La alternativa sería resignarse y seguir esperando mientras el genocidio, los asesinatos y las deportaciones de masas siguen formando parte del “conflicto humano”. ¿Podemos permitir esto de buena fe, como ciudadanos, como seres morales... o incluso como seres humanos?



Bibliografía complementaria

Peor que la guerra. Genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad. Daniel Jonah Goldhagen. Santillana Ediciones Generales. 2010.

A Problem from Hell: America and the Age of Genocide. Samantha Power. Basic Books. 2013.

Genocide. A World History. Norman M. Naimark. Oxford University Press. 2016.



Todas las imágenes y contenido multimedia contenidos en este boletín son de libre uso. Preferentemente obtenidos del contenido Wiki Commons y, cuando no se indique lo contrario, sujetos a licencia en los términos.



O bien,



Boletín de actualidad internacional por Centro de Análisis y Prospectiva se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/).

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

<http://es.creativecommons.org/licencia/>



Reconocimiento (Attribution): En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia hará falta reconocer la autoría.



No Comercial (Non commercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.



Compartir Igual (Share alike): La explotación autorizada incluye la creación de obras derivadas siempre que mantengan la misma licencia al ser divulgadas.